

Un largo
camino

Ishmael
Beah

SUR^{Big}



Foto: ©Philippe Matsas/Opale

ISHMAEL BEAH
(Sierra Leona, 1980)

Escritor y activista nacido en Sierra Leona, Ishmael Beah se trasladó a los Estados Unidos en 1998 luego de escapar de la guerra civil que asoló su país durante 11 años. Terminó sus dos últimos años de escuela secundaria en la Escuela Internacional de las Naciones Unidas en Nueva York. En 2004 se graduó en el Oberlin College con un B.A. en Ciencias Políticas. Es miembro del Comité Asesor de la División de Derechos del Niño de Human Rights Watch. Es autor de los libros *Little Family* y *Radiance of Tomorrow*, entre otros.

Un largo camino

MEMORIAS DE UN NIÑO SOLDADO

Ishmael Beah

Traducción de
Esther Roig

SUR^{Big}

Título original: *A Long Way Gone: Memoirs of a Boy Soldier*

© del texto, Ishmael Beah, 2007

Publicado por acuerdo con Sarah Crichton Books, un sello de Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.

© de la traducción, Esther Roig, 2023

© de esta edición, Editorial Big Sur S. L., 2023

ISBN (edición rústica): 978-84-126576-0-9

ISBN (edición digital): 978-84-126576-1-6

Depósito legal: B 3310-2023

Corrección ortotipográfica: Carlos González Nieto

Diseño y maquetación: Ulises Milla

Imagen de cubierta: Ishmael Beah (2015)

©Philippe Matsas/Opale/Alamy.com



Web: editorialbigsur.es

Email: contacto@editorialbigsur.es

Instagram: [@bigsureditorial](https://www.instagram.com/bigsureditorial)

Twitter: [@bigsureditorial](https://twitter.com/bigsureditorial)

Impreso en España por Podiprint

Printed in Spain

Distribuye en España: Interleo Libros S. L.

pedidos@interleo.es / Tlf.: 913949258

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

En recuerdo de Nya Nje, Nya Keke,
Nya Ndig-ge sia y Kayna. Su ánimo y su presencia
dentro de mí me dan fuerzas para continuar.

A todos los niños de Sierra Leona
a quienes robaron la infancia.

En memoria de Walter (Wally) Scheuer,
por su generosidad y compasión y por mostrar
el honor de todo un caballero.

NUEVA YORK, 1998

Mis amigos del instituto han empezado a sospechar que no les he contado toda la historia de mi vida.

—¿Por qué te marchaste de Sierra Leona?

—Porque está en guerra.

—¿Viste algún combate?

—Todo el mundo los vio.

—¿Quieres decir que viste a gente armada corriendo y pegándose tiros unos a otros?

—Sí, continuamente.

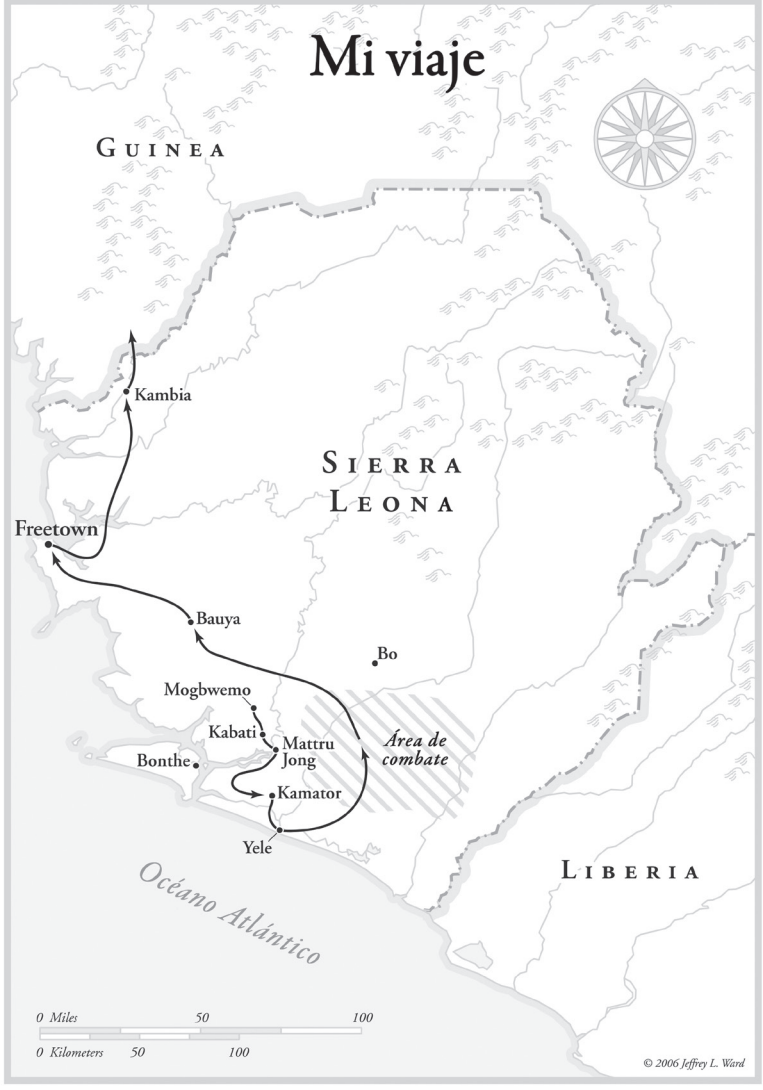
—Qué pasada.

Sonríó un poquito.

—Algún día tienes que contárnoslo.

—Sí, algún día.

Mi viaje



Se contaban tales historias de la guerra que parecía que tuviera lugar en un país lejano y diferente. Hasta que los refugiados empezaron a atravesar el pueblo no nos dimos cuenta de que realmente se libraba en nuestro país. Familias que habían caminado centenares de kilómetros nos contaban cómo habían matado a sus parientes y quemado sus casas. La gente del pueblo se compadecía de ellos y les ofrecía un lugar donde quedarse, pero la mayoría lo rechazaba porque decían que tarde o temprano la guerra llegaría allí. Los niños se negaban a mirarnos y se sobresaltaban por el mero ruido que se hace al cortar leña o por una piedra que se tira con la honda cazando pájaros contra un techo de hojalata. Los adultos se quedaban ensimismados al hablar con los ancianos del pueblo. Aparte de la fatiga y la malnutrición, era evidente que habían visto cosas que les infestaban la mente; cosas que cualquiera se negaría a aceptar si se las contaran. A veces pensaba que algunas de las historias que contaban los transeúntes eran exageradas. Las únicas guerras que conocía eran las que había leído en los libros o había visto en películas como *Acorralado*, y la de la vecina Liberia, de la que había oído hablar en las noticias de la BBC. A los diez años no tenía capacidad para comprender qué había arrebatado la felicidad a los refugiados.

La primera vez que tuve contacto con la guerra fue a los doce años. Era enero de 1993. Salí de casa con Junior, mi hermano, y nuestro amigo Talloi, ambos un año mayores que yo, en dirección a la ciudad de Mattru Jong, donde participaríamos en un concurso de talentos. Mohamed, mi mejor amigo, no pudo venir porque ese día él y su padre iban a reformar la cocina de su choza de techo de paja. Los cuatro habíamos montado un grupo de rap y baile cuando teníamos ocho años. Conocimos la música rap durante una de nuestras visitas a Mobimbi, el barrio donde vivían los extranjeros que trabajaban en la misma empresa estadounidense que mi padre. A menudo íbamos a Mobimbi a bañarnos en una piscina y a ver la tele en el enorme televisor en color y a los blancos que se reunían en la zona recreativa para visitantes. Una noche pusieron en la tele un vídeo musical que consistía en una pandilla de chicos negros hablando a toda velocidad. Los cuatro nos quedamos hipnotizados con la canción, intentando comprender lo que decían.

Al acabar el vídeo, salieron unas letras al pie de la pantalla. Decían: “Sugarhill Gang, Rappers Delight”. Junior se apresuró a apuntarlo en un papel. Después volvíamos allí cada dos fines de semana para estudiar aquella música de la televisión. Entonces no sabíamos cómo se llamaba, pero me impresionó que los chicos negros supieran hablar inglés tan rápido y con ritmo. Más adelante, cuando Junior empezó la escuela secundaria, se hizo amigo de unos niños que le enseñaron más sobre música y bailes extranjeros. Durante las vacaciones, me trajo cintas y nos enseñó, a mis amigos y a mí, a bailar con una música que supimos que se llamaba hiphop. Me encantó el baile y, sobre todo, disfruté aprendiendo las letras, porque eran poéticas y mejoraban mi vocabulario. Una tarde, nuestro padre vino a casa mientras Junior, Mohamed, Talloi y yo estábamos aprendiendo la letra de “I Know

You Got Soul”, de Eric B & Rakim. Se quedó de pie junto a la puerta de nuestra casa de ladrillos y techo de uralita, se echó a reír y preguntó:

—¿Entendéis algo de lo que decís?

Se marchó sin darle a Junior ocasión de contestar. Se sentó en una hamaca a la sombra de un mango, una guayaba y un naranjo y puso las noticias de la BBC en la radio.

—Esto sí que es inglés del que deberíais escuchar —gritó desde el patio.

Mientras nuestro padre escuchaba las noticias, Junior nos enseñó a mover los pies siguiendo el ritmo. Movíamos alternativamente primero el pie derecho y después el izquierdo, adelante y atrás, y simultáneamente hacíamos lo mismo con los brazos, sacudiendo el tronco y la cabeza.

—Este movimiento se llama “el hombre que corre” —dijo Junior.

Después, ensayamos imitando las canciones rap que habíamos memorizado. Al marcharnos a cumplir nuestras tareas nocturnas de ir a buscar agua y limpiar las lámparas, nos decíamos “paz, tío” o “me abro”, frases que habíamos extraído de las letras rap. Afuera se iniciaba la música vespertina de pájaros y grillos.

La mañana que salimos a Matru Jong, nos llenamos la mochila con las libretas de las letras que estábamos componiendo y los bolsillos con las cintas de álbumes de rap. En aquellos días llevábamos vaqueros holgados, y debajo nos poníamos pantalones cortos de fútbol y pantalones de chándal para bailar. Bajo nuestras camisas de manga larga llevábamos camisetas sin mangas, camisetas de manga corta y camisetas de fútbol. Llevábamos tres pares de calcetines bajados hasta el tobillo y doblados para que las deportivas

parecieran hinchadas. Cuando el día se ponía demasiado caluroso, nos quitábamos parte de la ropa y la llevábamos al hombro. Era ropa de moda y no teníamos ni idea de que aquella forma insólita de vestir acabaría beneficiándonos. Como teníamos pensado volver al día siguiente, no nos despedimos ni le dijimos a nadie adónde íbamos. No sabíamos que nos estábamos marchando para no volver.

Para ahorrar, decidimos hacer caminando los veintiséis kilómetros hasta Matru Jong. Hacía un día precioso de verano, el sol no calentaba excesivamente, y la caminata no se nos hizo muy larga porque íbamos charlando sobre toda clase de cosas y gastándonos bromas unos a otros. Llevábamos hondas que usábamos para cazar pájaros y fastidiar a los monos que intentaban cruzar la vía principal. Nos detuvimos varias veces en el río a bañarnos. En una ocasión, había un puente. Oímos un vehículo de pasajeros en la distancia y decidimos salir del agua e intentar que nos llevara gratis. Yo salí antes que Junior y Talloi y crucé el puente corriendo con su ropa. Creyeron que podían pillarme antes de que el vehículo llegara, pero al darse cuenta de que era imposible, echaron a correr otra vez hacia el río, y justo cuando estaban en medio del puente, el vehículo los alcanzó. Las chicas del autobús se rieron y el conductor tocó la bocina. Fue divertido, y el resto del viaje intentaron vengarse por lo que les había hecho, pero no se salieron con la suya.

Llegamos a Kabati, el pueblo de mi abuela, hacia las dos de la tarde. Mamie Kpana era el nombre con el que se conocía a mi abuela. Era alta y su cara, muy alargada, complementaba sus hermosos pómulos y sus ojos grandes y marrones. Siempre estaba con las manos en las caderas o en la cabeza. Al mirarla, me daba cuenta de dónde había sacado mi madre su preciosa piel oscura, sus dientes blanquísimos y los pliegues traslúcidos del cuello. Mi abuelo o *kamor*, maestro,

como le llamaban todos, era especialista en árabe y curandero del pueblo y los alrededores.

En Kabati comimos, descansamos un poco y nos dispusimos a recorrer los últimos diez kilómetros. La abuela quería que nos quedáramos a pasar la noche, pero le dijimos que volveríamos al día siguiente.

—¿Cómo os trata últimamente vuestro padre? —preguntó con una voz dulce cargada de preocupación—. ¿Por qué vais a Matru Jong, si no es para ir a la escuela? ¿Y por qué estáis tan flacos? —siguió preguntando.

Pero nosotros esquivamos sus preguntas. Nos siguió hasta las afueras del pueblo y nos vio descender la cuesta, pasándose el bastón a la mano izquierda y despidiéndonos con la derecha, una señal de buen augurio.

Llegamos a Matru Jong un par de horas después y nos encontramos con viejos amigos: Gibrilla, Kaloko y Khalilou. Esa noche fuimos a Bo Road, donde había puestos de comida hasta bien entrada la noche. Nos compramos cacahuetes hervidos y comimos mientras conversábamos sobre lo que haríamos al día siguiente y planeábamos ir a ver el espacio del concurso de cazatalentos y ensayar. Nos quedamos en la habitación del porche de la casa de Khalilou. Era una habitación pequeña con una cama diminuta y los cuatro dormimos en la misma cama (Gibrilla y Kaloko volvieron a sus casas), atravesados y con las piernas colgando. Yo pude doblar las piernas un poco más porque era más bajito y pequeño que los otros.

Al día siguiente, Junior, Talloi y yo nos quedamos en casa de Khalilou y esperamos a que nuestros amigos volvieran de la escuela sobre las dos de la tarde. Pero volvieron temprano. Me estaba limpiando las deportivas y contando

los abdominales por los que estaban compitiendo Junior y Talloi. Gibrilla y Kaloko entraron en el porche y se unieron a la competición. Talloi, respirando hondo y hablando lentamente, preguntó por qué habían vuelto. Gibrilla explicó que los profesores les habían dicho que los rebeldes habían atacado Mogbwemo, nuestra casa. Se había cerrado la escuela hasta próximo aviso. Dejamos de hacer lo que estábamos haciendo.

Según los maestros, los rebeldes habían atacado las zonas mineras por la tarde. Las repentinas ráfagas de tiros habían impelido a la gente a correr en todas direcciones para salvar la vida. Los padres habían salido huyendo de sus lugares de trabajo y solo habían encontrado casas vacías, sin ninguna pista de adónde habían ido sus familias. Las madres lloraban mientras corrían a la escuela, al río, a las fuentes a recoger a sus hijos. Los niños corrieron a casa a buscar a sus padres que vagaban por las calles buscándolos a ellos. Y cuando el fuego se intensificó, la gente dejó de buscar a sus seres queridos y salió corriendo del pueblo.

—Esta ciudad será la próxima, según los maestros.

Gibrilla se incorporó del suelo de cemento. Junior, Talloi y yo cogimos las mochilas y fuimos al muelle con nuestros amigos. Estaba llegando gente de toda la zona minera. A algunos los conocíamos, pero no pudieron decirnos nada del paradero de nuestras familias. Dijeron que el ataque había sido tan repentino, tan caótico, que todo el mundo había corrido en diferentes direcciones en una confusión total.

Durante más de tres horas nos quedamos en el muelle, esperando angustiados por si veíamos a alguien de la familia o podíamos hablar con alguien que los hubiera visto. Pero no se sabía nada, y al cabo de un rato ya no conocíamos a nadie de los que cruzaban el río.

El día parecía curiosamente normal. El sol navegaba pacíficamente entre las nubes blancas, los pájaros cantaban en las copas de los árboles, las hojas se agitaban con la brisa suave. Todavía no podía creer que la guerra hubiera llegado realmente a nuestra casa. Pensaba que era imposible. Al salir de casa el día anterior no había ningún indicio de que los rebeldes estuvieran cerca.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Gibrilla.

Estuvimos callados un buen rato y después Talloi rompió el silencio:

—Debemos volver a buscar a nuestras familias antes de que sea demasiado tarde.

Junior y yo asentimos con la cabeza.

Solo tres días antes había visto a mi padre caminando lentamente de vuelta del trabajo. Llevaba el casco bajo el brazo y la cara alargada le sudaba con el cálido sol de la tarde. Yo estaba sentado en el porche. Hacía tiempo que no lo veía, porque otra madrastra había destrozado de nuevo nuestra relación. Pero esa mañana mi padre me sonrió al subir los escalones. Me miró a la cara, y sus labios estaban a punto de decir algo cuando mi madrastra salió. Entonces volvió la cabeza y la miró a ella, que hizo como que no me veía. Entraron silenciosamente en el salón. Me tragué las lágrimas, dejé el porche y fui a reunirme con Junior en el cruce donde esperábamos el camión. Íbamos a ver a nuestra madre al pueblo de al lado, a unos cinco kilómetros. Cuando nuestro padre nos pagaba la escuela, la veíamos los fines de semana durante las vacaciones, cuando estábamos en casa. Desde que se negaba a pagarla, la visitábamos cada dos o tres días. Esa tarde nos encontramos con ella en el mercado y la acompañamos a comprar ingredientes para

hacernos algo de comer. Al principio su expresión era sombría, pero en cuanto nos abrazó, se iluminó. Nos dijo que Ibrahim, nuestro hermanito, estaba en la escuela y que lo recogeríamos después del mercado. Nos cogió de la mano para caminar y de vez en cuando se volvía, comprobando que seguíamos con ella.

Mientras nos dirigíamos a la escuela de nuestro hermanito, nuestra madre se volvió y dijo:

—Siento no tener dinero para volver a mandaros a la escuela. Pero estoy en ello. —Se calló y después preguntó—: ¿Cómo está vuestro padre?

—Parece que está bien. Lo he visto esta tarde —contesté. Junior no dijo nada.

Nuestra madre lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Vuestro padre es un buen hombre y os quiere mucho. Pero parece atraer a las peores madrastras que pudierais tener, chicos.

Cuando llegamos a la escuela, nuestro hermanito estaba en el patio jugando al fútbol con sus amigos. Tenía ocho años y era alto para su edad. En cuanto nos vio, se acercó corriendo y se lanzó sobre nosotros. Se midió conmigo para ver si ya era más alto que yo. Mamá se rio. La cara redonda de mi hermanito se iluminó y empezó a sudar por los pliegues del cuello, igual que mi madre.

Los cuatro fuimos caminando a casa de nuestra madre. Cogí a mi hermanito de la mano y me contó cosas de la escuela. Me desafió a jugar al fútbol aquella misma noche. Mi madre vivía sola y se dedicaba a cuidar de Ibrahim. Decía que el niño preguntaba a veces por su padre. Cuando Junior y yo estábamos en la escuela, iban los dos a vernos de vez en cuando y siempre lloraba cuando mi padre abrazaba a Ibrahim, al ver lo contentos que estaban de verse. Mi madre

parecía perdida en sus pensamientos; sonreía reviviendo esos momentos.

Dos días después de aquella visita, estábamos lejos de casa. Esperando en el muelle de Matru Jong, me imaginaba a mi padre con el casco en la mano y corriendo camino de casa, y a mi madre, llorando y corriendo a la escuela en busca de mi hermanito. La tristeza empezaba a abrumarme.

Junior, Talloi y yo subimos a una canoa y nos despedimos tristemente de nuestros amigos al alejarnos de la costa de Matru Jong. Al atracar al otro lado del río, iba llegando más gente apresurada. Echamos a andar y una mujer que llevaba sus chancletas en la cabeza nos dijo sin volverse:

—Demasiada sangre se ha vertido adonde vais vosotros. Incluso los buenos espíritus han abandonado el lugar.

Se alejó. En los matorrales, a lo largo del río, las mujeres gritaban con voz tensa: “*Nguwor gbor mu ma oo*”, Dios nos ayude, y los nombres de sus hijos: “Yusufu, Jabu, Foday...”. Vimos a niños caminando solos, sin camisa, en calzoncillos, siguiendo a la multitud. “*Nya nje oo, nya keke oo*”, mamá, papá, lloraban los niños. También había perros espantados entre la gente, que seguía corriendo, aunque ya se hubiera alejado del peligro. Los perros olisqueaban el aire, buscando a sus dueños. Se me tensaron las venas.